

marchando, como otro san Carlos Borromeo, desnudo de piés y cabeza, con una soga al cuello y una cruz en la mano. Llegado al altar, pronunció entre sollozos y lágrimas la oracion de desagravios, despues de haber celebrado el santo sacrificio, pidiendo cesase azote tan espantoso y tan tenaz. Y en efecto, desde aquel mismo momento disminuyó la intensidad de la peste, y muy en breve quedó libre de ella Marsella. Quiso Luis XV nombrar á Belzunce obispo-par de Laon, y aun arzobispo de Burdeos; pero el santo prelado rehusó una y otra dignidad, para morir en su amada iglesia de Marsella. Los papas Clemente XI, Benedicto XIII, Clemente XII y Benedicto XIV le colmaron de testimonios de aprecio, ternura y respeto: Clemente XII le envió el palio.

39. Clemente XI terminó el 19 de marzo de 1721 su pontificado, uno de los mas largos, agitados y gloriosos para la Iglesia. En vano ha intentado denigrar el jansenismo á este gran papa: la ciudad luterana de Nuremberg acuñó monedas en honra suya; y el bajá de Egipto, al saber su muerte, declaró que no envidiaba para gloria del Alcoran sino un jefe como Clemente XI.

40. Hemos debido pasar ligeramente por las vidas de los santos y sabios doctores que consolaban á la Iglesia, para no interrumpir los grandes acontecimientos de fines del siglo xvii y principios del xviii.— El Beato Barbadigo, cardenal y obispo de Padua; el Beato Francisco Posadas, dominico; el Beato Nicolás Longobardi, mínimo; san Francisco Girolamo, jesuita; los dos Padres Segneri; san José de Cupertino; los Beatos Bernardo de Corleone, Offida, Buenaventura de Potenza, Tomás de Cora, Pacífico de San Severino, santa Verónica de Giuliani, todos franciscanos; el Beato José Oriol, sacerdote de Barcelona; el Beato Sebastián Valafré, sacerdote de Saboya, ofrecian en todos los ramos y clases de la sociedad ejemplos de virtudes de que siempre ha sido fecunda la Iglesia católica. La Francia admiraba la austeridad y santidad de vida del abad Rancé, reformador de la Trapa. [En España el cardenal de Belluga, obispo de Cartagena, el doctor Berni, célebre togado

de Valencia, y muchedumbre de sacerdotes, religiosos, religiosas y seculares de ambos sexos daban al mundo ejemplos de verdadera sabiduría, de celo por la defensa de la Iglesia y de la justicia, de virtudes sublimes y de la práctica de todos los deberes cristianos, aun en la vida secular y en medio del mundo. En las Américas fué prodigiosa la extension que tomaron las misiones de los religiosos Franciscanos y Dominicos. Santa Rosa de Ocopa y Tarija obraron infinitas conversiones, la primera mision en las cordilleras de los Andes hácia el Perú, la segunda en las vastas selvas del rio de la Plata. El clero secular se aumentaba de dia en dia, y se fundaban parroquias hasta en lo mas recóndito de ambas Américas, donde se instruian y catequizaban los Indios, y se edificaba á los que ya estaban arraigados en el cristianismo.] Gran número de sabios teólogos, filólogos, historiadores y filósofos, tales como Bianchini, Fontanini, Vignole, Laderchi, Ughelli, Ugolini, Ciampini, Banduci, etc., en Italia; Sirmondo, Petau, Labbe, de Marca, Morin, Combefis, Mabillon, Tillemont, d'Acheri, Alacio, Tomasino, en Francia; Ferreras, Pinio, Henrique, Florez, Nicolás Antonio, Aguirre, Rocaberti, Lujan, etc., en España, daban pruebas de que la Iglesia es reina no solo de las virtudes, sino de las ciencias; y tal es el testimonio que le daba Newton, á quien solo le faltaba la fe católica para estar al frente de los mas grandes hombres de este siglo famoso. El venerable Juan Bautista de la Salle, canónigo de Reims, fundaba en 1684 el instituto de las escuelas cristianas en favor de los niños pobres, que prosigue al través de las generaciones su humilde celo y heróicos beneficios. La Iglesia pasaba siempre, como su divino fundador, *beneficiendo*, « obrando el bien. »

§ III. PONTIFICADO DE INOCENCIO XIII (15 de mayo de 1721-7 de marzo de 1724).

41. Prescriben las constituciones para la eleccion del papa que para que esta sea legítima, es necesario sean llamados los cardenales ausentes, y aun los que pudieran estar excomulgados.

Fueron pues invitados los cardenales de Noailles y Alberoni. El primero se excusó por su avanzada edad: Alberoni, que en calidad de ministro de Estado de Felipe V había gobernado la España, se vió obligado á refugiarse á Parma por haber caído en desgracia de su monarca: asistió pues al conclave con sus cólegas. Se habian reunido cincuenta cardenales cuando los del escrutinio pronunciaron el nombre del cardenal Paolucci, como de mayor número de votos. El cardenal Althan, ministro del emperador de Alemania Carlos VI, con gran sorpresa de todos intimó en nombre de su amo exclusion contra Paolucci. Con modestia y humildad admirable, tomó este último la palabra y alabó la justicia del príncipe que, habiendo reconocido su incapacidad, le quitaba el pontificado de que se reconocia indigno. Sin embargo los escrutadores continuaron en ir leyendo boletines, y solo faltaban tres votos para que Paolucci hubiese reunido los dos tercios de sufragios necesarios. « Ciertamente, dice Ottieri, si el cardenal hubiese reunido la » mayoría requerida, hubiera sido proclamado, porque las ex- » clusiones que presentaren las cortes de Francia, Alemania » y España se admiten no como pacto definitivo, sino como » *miramiento previsor*, para no dar lugar á cisma en la Igle- » sia, caso que los príncipes no quisieran reconocer á un papa » cuya eleccion hubieran mirado con disgusto. » Este incidente presentó naturalmente la cuestion de las *exclusivas* á la deliberación del sacro colegio. Algunos autores pretenden que el privilegio de *exclusiva* de que gozan las cortes de París, Viena y Madrid en los conclaves, tuvo principio en el concilio Lateranense de 1059, celebrado por el papa Nicolao II. Pero en dicho concilio no se trató sino del coronamiento de los pontífices, para el cual debia de esperarse la anuencia del emperador, mas no de la eleccion misma. El derecho de *exclusiva* que acabamos de citar, verificado por parte del Austria contra el cardenal Paolucci, no sube mas allá de un siglo. Nació, como dice Ottieri, de una especie de connivencia previsor, de prudente deferencia, que aconseja que el soberano pontífice no sea personalmente desagradable á las potencias cató-

licas, porque para todas ellas es padre y pastor. Ha habido cerca de treinta cismas, todos causados y fomentados por desconfianzas entre reyes y pontífices. Es pues conveniente tomar en cuenta repugnancias de tal ó tal corte; porque de otro modo se veria privado un pontífice elegido á despecho de la *exclusiva* del respeto y amistad de los príncipes, con grave peligro y detrimento de la paz de la Iglesia. Tales fueron las razones que en 1644 expuso el cardenal de Lugo á favor de las *exclusivas*. El conclave de 1721 respetó estas consideraciones; manifestó al cardenal Paolucci sus mas sinceros homenajes, y en 15 de marzo de 1721 eligió al cardenal Conti, que tomó el nombre de Inocencio XIII.

42. La familia de Conti habia dado ya á la Iglesia siete papas, entre los cuales san Leon Magno, san Gregorio Magno, Inocencio III, Gregorio IX y Alejandro III. El nuevo pontífice prometia marchar por sus gloriosas huellas; pero la brevedad de su reinado no le permitió realizar tan justas esperanzas. Inmortalizó sin embargo su memoria con sus virtudes. Quiso intervenir en las contiendas que habia promovido el jansenismo en Francia, y dirigió dos breves al rey Luis XV y al regente, declarando que el solo camino para la conciliacion era una obediencia franca, sincera, sin equívocos ni restricciones. Se quejaba de que no se hubiese podido decidir á los oponentes á revocar su apelacion, y se declaraba con energia contra una carta que le habia dirigido uno de los oponentes, diciendo « que entregar ovejas á tales pastores, era mas bien » perderlas que darles guardadores. » En fin, para responder á los partidos, repetia que la constitucion *Unigenitus* no condenaba sino errores, mas no atacaba ni á los sentimientos de los Padres ni á las opiniones de las escuelas. El regente mandó imprimir ambos breves en el Louvre; mas no pudo aun lograr la adhesion del cardenal de Noailles ni de los cuatro obispos apelantes. — El gabinete de Versailles solicitaba á la sazón la elevacion de Dubois al capelo. Dubois, hijo de un boticario de Brives-la-Gaillarde, habia sido preceptor del duque de Chartres, hijo del duque de Orleans, hermano de Luis XIV, logrando

ricos beneficios por influencia de su discípulo. A la muerte de Luis XIV, Dubois, que aplaudía los caprichos del regente, había ganado la confianza de este, y fué sucesivamente consejero de Estado, secretario del gabinete, embajador extraordinario en Inglaterra, en 1715, para vigilar la liga de la Gran Bretaña y la Holanda contra la Francia. Había negociado la paz en Hanovre y en La Haya, y en 1718 fué nombrado ministro de Estado. Por fin fué arzobispo de Cambrai en 1720. Es menester confesar que á pesar de sus costumbres corrompidas, llenó hábil y diestramente esos diferentes cargos. El regente renovó pues sus instancias á Inocencio XIII para hacer elevar al cardenalato á su favorito, haciendo que se interesasen por él *casi todos los soberanos*. El papa se había negado á ello largo tiempo, pero redoblando las instancias, cedió en fin, y este nombramiento que nos admira tanto hoy, fué entonces como un nombramiento europeo. Massillon consintió en asistir á la consagración del nuevo prelado. Inocencio XIII le dirigió con las bulas de institución un breve amonestándole se reportase en su conducta y que se condujese con dignidad. Dubois se lo prometió. ¡ Quiera el cielo que haya cumplido su palabra! — Entretanto los Turcos se preparaban á una guerra de venganza. El gran maestre de Malta, Villena, temiendo ser atacado pidió socorro al papa. Inocencio XIII le envió inmediatamente cuanto dinero pudo: todos los cardenales dieron, á proporcion de sus medios, cuanto pudieron. El cardenal de Salerno, jesuita, no teniendo otra cosa que dar, ofreció una cruz de brillantes que le había regalado el rey de Polonia: se vendió en mil doblones, que se destinaron para la defensa del gran maestre, que recibió del sacro colegio solo cien mil escudos romanos.

43. Iban faltándole las fuerzas al papa de día en día, y se había visto obligado á restablecer un poco su vacilante salud en una quinta cercana. A su vuelta á Roma, el pueblo y la nobleza salieron espontáneamente á su encuentro, y fué recibido como un padre en el seno de su familia. Para satisfacer á la filial ansiedad del pueblo el papa, le dió una *audiencia de amor*

y de ternura, recibiendo á su presencia á casi toda la ciudad. Inocencio XIII merecía seguramente estos testimonios de veneración y de amor. « Fué, dice Lalande, el mejor soberano » de que se haya hablado antes de él. En muchos años no han » cesado los Romanos de elogiarle y de sentir cordialmente la » brevedad de su pontificado. Bajo su reinado, la abundancia » fué general, exacta la policía y buena administración, con- » tentos todos igualmente, así los grandes como el pueblo. » Murió el 7 de marzo de 1724, á la edad de sesenta y nueve años. Como se le instase, en sus últimos momentos, á llenar las plazas vacantes en el sacro colegio: « Ya no soy yo de este » mundo, » respondió; y espiró.